



consultorio*

LOS PEQUEÑOS CONFLICTOS

Una madre pregunta...

Mi hijo C., de cinco años y dos meses de edad, se encuentra en un momento difícil. Le encuentro inseguro de sí mismo, se angustia con facilidad, se ha retraído mucho en

su trato con sus hermanos y con los mayores. Cuando tenía dos años y nació el hermanito que le sigue, tuvo una gran pérdida de cordialidad de la que difícilmente se repuso. Por una serie de circunstancias familiares, mi madre tuvo que ausentarse de nuestra casa e irse a vivir con otro hijo suyo, con enorme desconciesto del pequeño C., que estaba verdaderamente entusiasmado con su abuelita, pues era su predilecto, sin discusión ninguna. Desgraciadamente, esta ausencia se prolongó muchísimo y quizás será definitiva, pues, según me escriben, se encuentra francamente mal de salud y mi hermano no quiere separarse de ella, estando, por otra parte, mejor atendida que entre nosotros. Desde entonces, mi hijo C. no quiere separarse de nuestro lado. Cuando su padre va a la oficina cada mañana, el niño reclama una y otra vez, desde su cama, un beso de despedida, entre lagrimas. Acusa inmediatamente todas nuestras salidas: es una tragedia cada vez que debo ausentarme de casa, por poco tiempo que sea, aunque le dejo en manos de una niñera excelente y cariñosa. Pregunta mil veces por su abuelita. Nosotros le dijimos desde el primer momento que volvería en seguida, para calmarle, no atreviéndonos a decirle lo de la enfermedad y la imposibilidad de volver a verla. Hemos redoblado las atenciones y cariño con él y le hemos instruido detalladamente de ello a la muchacha, que le atiende admirablemente. Ha sido inútil. Lo encuentro cada vez más inseguro e infantil. No me atrevo a solicitar que mi madre venga de nuevo a vivir con nosotros, sólo por esto. Ni tampoco me parece conveniente que el niño vaya a verla, pues la separación sería después peor, aparte de que, en casa de sus tíos, ocasionaría numerosas molestias. Para que se encuentre contento tengo que pasarme el día metida en casa y a su lado. Por más que le he explicado que no es que no lo quiera, sino que a la fuerza tengo que ir a tal visita o recado, no logro nada. Cada vez está más sensible y acobardado. Parece que no se fía de lo que le decimos o parece no comprender nada, lo cual me extraña, pues es un niño bastante despierto, por lo menos con relación a sus otros dos hermanitos.

Respuesta

Me sospecho que su hijo C. está procediendo, fundamentalmente, con una buena lógica, aunque de tipo infantil. Procede por

intuición global y saca las consecuencias para su vida afectiva, inmediatamente. Por una parte parece, como usted insinúa, que C. es de naturaleza muy sensible. Para un niño, y más para un niño sensible, toda la seguridad vital se funda en la sensación positiva de ser querido y atendido. Para que acepte, "encaje" bien una nueva situación afectiva, debe "comprenderla" de algún modo. Si no se le hace



accesible a su intuición, C. se sentirá inseguro y ansioso. Creo que le está sucediendo ahora algo parecido a lo que le pasó cuando nació su hermano menor. No comprendió que el que ustedes atendieran más al pequeño, no significaba disminución de cariño hacia él, porque el niño, más que las personas mayores, necesita ver para creer, se rige demasiado por la idea de que "obras son amores". No matiza este principio, no admite excepción alguna, ni puede hacerse cargo de que en algún momento dado sea imposible manifestar el cariño de la misma manera que antes, quedando intacto el afecto.

Desconozco las circunstancias en que le fue "arrebataada" su abuelita. Quizás, por esas cuestiones familiares, tuvo que suceder de un modo imprevisto y seco. Quizás se cruzaron en casa medias palabras, delante de los niños, gestos serios, semblantes un poco fríos cuando se hablaba de esta cuestión. Lo que sí creo, es que el niño, del que usted apunta que no tiene nada de tonto, captó algo en el ambiente, algo le hizo pensar, intuir, que aquello no estaba claro, que no se había dicho toda la verdad, que la ausencia de su abuelita no era tan de circunstancias como le decían. (Pensemos que quizás lo ha captado tanto más claramente cuanto que después se han recibido cartas y se ha conversado acerca de

la enfermedad). ¿Por qué teme que usted se aleje de él? ¿Es porque necesita un apoyo afectivo, físicamente presente y visible a su lado? ¿No será algo más profundo: sencillamente, que necesita estar seguro de que usted no desaparecerá también de su lado inesperadamente, como ocurrió con su abuelita?

Me atrevo a asegurar que se ha formado aquí un círculo vicioso de mutua desconfianza. Usted no se fió de que C. pudiera "resistir" toda la verdad. Y el niño no acaba de fiarse de que las explicaciones que se le han dado sean las verdaderas. Y entonces le asusta lo misterioso. Hay algo que ocurre inesperadamente y que es fatal para su vida afectiva. Creo que debe usted romper ese círculo. Atrévase a decirse todo, naturalmente, sin entrar en demasiados detalles del mundo de los adultos. Si usted le da una explicación accesible a él, acerca de que la separación de su abuelita es más seria de lo que se le contó al principio, el niño se calmará poco a poco. Sobre todo si logra ver que lo que ha sucedido con su abuelita no puede ocurrir con sus padres. Quizás le sea muy duro, de momento, conocer la situación real. Pero confíe en su capacidad de reacción y acomodación. Si hace años superó aquel "bache afectivo" con motivo de la aparición de su hermanito, es de esperar que ahora también lo supere, cuando se encuentre en posesión de todos los elementos de la realidad. Apresúrese a ser usted quien se lo comunique, antes de que se entere por otra persona, lo cual podría crear otro motivo de desconfianza. Explíquese sencillamente que su abuelita, de momento, no va a poder volver a casa, para estar con él, y que esto se prolongará quizás bastante tiempo. Confiésele abiertamente que no le dijo la verdad porque temía que él iba a llorar mucho y ponerse triste. Todo niño es un ser humano muy débil, pero también posee una gran capacidad para reaccionar positivamente cuando se les habla con sinceridad y se les confía la verdad. Con una verdad, explicada a la medida de sus posibilidades, se gana más que con una cariñosa mentira, por muy afectuosos que sean los motivos del engaño. Con la verdad se sentirá orgulloso, por habersele considerado digno de una confidencia y así irá fiándose de usted poco a poco, cuando usted le diga que tiene que ausentarse un rato por la mañana o por la tarde, pero que volverá a casa sin duda alguna.

F. P.